

te su voluntad. Muchos de estos mismos *espíritus administradores*, como los llama el Apóstol San Pablo, se desviaron de su Criador; y el desórden de su rebelion, manifestado en los elementos de este mundo, es una de las causas mas ignoradas de cuantos desórdenes físicos le desconciertan. Su acción deletèrea se halla contenida por los ángeles fieles, cuya fuerza es la fuerza del mismo Jesucristo; y la lucha no cesará en tanto que el Hijo de Dios venga al fin de los tiempos á completar su triunfo y libertar al universo.

Todas las generaciones humanas que van llenando los siglos, se asocian á la fidelidad de los ángeles buenos ó á la rebeldía de los demonios. Segun la eleccion que hubiésemos hecho en esta vida, participaremos en la eternidad la bienaventuranza y la gloria de los unos, ó del castigo y la maldicion de los otros.

Todo esto podrá parecer muy estraño en este siglo de materialismo; mas no por eso ménos cierto. Si queremos ser cristianos, es preciso creer no solo en la existencia de los ángeles y de los demonios, sino tambien en su acción sobre el mundo. El Evangelio abunda en estas ideas. Un ángel se apareció á Eva en el dia de su caída; un ángel se

apareció á María en el de la reparacion. Eva, la vírgen infiel, creyó al ángel infiel y nos perdió: María, la Vírgen Santísima, creyó al ángel fiel, y nos salvó.

En la Anunciacion, Gabriel lleva á María, como á la Soberana de los ángeles, el *salve* permanente de todo el mundo angélico. La Iglesia se le asocia en la tierra, repitiendo con él: "*Dios te salve, María.*"

—•—

BELEM.

§ I.

Despues de la Encarnacion del Hijo de Dios, la Vírgen salió de Nazareth, y estuvo tres meses al lado de la parienta Isabel, en la antigua ciudad de Hebron, en el lugar mismo en que, segun la tradicion, descansaban los sagrados restos de los Patriarcas Abraham, Isaías y Jacob.

Isabel llevaba entonces en su seno al precursor del Mesías, anunciado tambien por los Profetas, y que saltó de júbilo en el vientre de su madre al acercarse la humilde Vírgen que llevaba consigo á Dios.

Entonces fué cuando María, saludada por

Isabel con el glorioso título de Madre del Señor, entonó aquel admirable cántico de su humildad y de su reconocimiento, recitado despues diariamente por los cristianos en sus oraciones: *Magnificat anima mea Dominum!*

Despues del nacimiento de San Juan Bautista, regresó la Virgen á Nazareth, en donde el casto José supo por conducto de un ángel la vocacion incomparable de su esposa y el misterio de la Encarnacion. San José es, pues, el primer hombre á quien se reveló el cumplimiento de la grande obra de Dios.

Nada hay mas maravilloso, despues del destino de María, que el de José; pues que, representante visible del Padre Celestial, fué el custodio de los dos seres más santos que han existido jamás sobre la tierra: Jesus y María.

Los demás hombres acostumbraban adoptar hijos; Jesus ha adoptado su padre; y este padre adoptivo, humilde y casto como María, recibe como Ella y con Ella la mision secreta y enteramente divina de proteger la infancia del Verbo encarnado.

José vivia en Nazareth; y aun existien allí las ruinas de la casa, en la que ejercitaba el oficio de carpintero.

§ II.

Pero no era Nazareth en donde debia nacer Jesucristo.

“Y tú Belém, tierra de Judá, habia dicho siete siglos antes el Profeta Miqueas, no eres tú la ultima entre las ciudades de Judá porque de tí saldrá el caudillo que debe reinar en Israel, mi pueblo.”

Esta profecía se habia hecho célebre entre los judios.

Belém era la ciudad de David y la cuna de su prosápia; justo era, por tanto, que el verdadero David y el verdadero Rey de Israel la eligiese para lugar de su nacimiento.

El Emperador Augusto, señor entónces del mundo, fué, sin saberlo, el instrumento de que se valió la Providencia para el cumplimiento de los divinos oráculos. Un edicto sale de Roma en el cual se ordena el empadronamiento universal de todos los pueblos sometidos á la dominacion romana; y la Judea, tributaria entónces del imperio romano, debe sugetarse á este orgullo caprichoso. Para facilitar tan inmensa operacion, todas las familias recibieron orden de restituirse, en una época dada, á la ciudad de que eran originarios. José y María, no obstante lo riguroso del invierno salieron de Nazareth: el

Hijo de Dios, oculto aun en el seno materno, nos enseñaba ya la tan fácil virtud de la obediencia.

§ III.

La Virgen y su esposo se encaminaron á Belém distante tres jornadas de Nazareth, y llegaron la noche del 24 de Diciembre á la ciudad de sus mayores, en donde el proyectado censo habia reunido multitud de forasteros. María y José eran pobres, y los bethlemitas ignoraban que entraba en sus muros con aquellos dos oscuros viajeros, el tesoro del Cielo y de la tierra, la gloria prometida á su ciudad.

Aproximábase entretanto la hora solemne y el Hijo de Dios iba á dejar, para aparecer en el mundo, el Tabernáculo sagrado en que hacia nueve meses moraba.

Arrojados de la puerta de los mesones, María y José buscaron un refugio no distante de las ruinas del antiguo castillo de su abuelo David, y se guarecieron humildemente en uno de sus establos, que segun el uso de la Palestina, servia de asilo á los pastores y ganados.

§ IV.

Era la media noche, y las tinieblas, símbolo del pecado, cubrian la tierra.

Recogida en Dios profundamente, y toda abrazada en su amor, la Virgen Santa parió á Jesus, no solo sin dolores, sino en medio de un júbilo inefable. Salido sobrenaturalmente de aquel cuerpo virginal, el Divino Niño apareció á sus ojos.... Envuélvelo en mantillas, y le acuesta en un pesebre.

Semejantes á los dos querubines de oro inclinados sobre el propiciatorio del Arca de la Alianza, María y José adoraban á Jesucristo. Veían con sus propios ojos, y tocaban con sus propias manos al Dios de Abraham, de Issac y de Jacob, al Mesías de los Profetas, al Deseado de las naciones, al Salvador y Creador del mundo.

Mas santos que los ángeles, lo adoraban en union de ellos.

§ V.

Mas ¿por qué el Verbo encarnado al aparecer en el mundo encubre ante la tierra los esplendores de su humanidad santa? ¿Qué cosa puede darse más gloriosa, que más real y divina que esta carne penetrada por la

Divinidad, y de tal modo unida al Verbo, como que es la carne y el templo vivo de Dios!

Ved aquí el segundo misterio de Jesucristo *distinto* del de la Encarnacion, bien que no se halle *separado*. Este segundo misterio es el de la Redencion, por medio del cual, el Hijo de Dios hecho hombre, vino á ser el Salvador y la víctima del mundo, tomando sobre sí nuestros pecados; y las miserias, los padecimientos, las humillaciones y hasta la misma muerte, que son la consecuencia y el castigo del pecado.

Mas adelante nos ocuparemos de esta importante distincion; el anonadamiento y los llantos del pesebre la hacen desde luego necesaria. Si el hombre no hubiese pecado (1); si hubiera permanecido en la primitiva gloria de su inocencia, el misterio de la Encarnacion no se hubiera como encubierto y aun oscurecido por el misterio de

(1) La opinion filosófica y teológica que sostiene que la Encarnacion del Hijo de Dios es independiente de la caída del hombre, y que se habria verificado aún sin el pecado original, la han profesado los mas graves y santos doctores, y su adopcion es del todo legítima. Las razones en que se apoyan son tan concluyentes, que por mi parte las considero como fundamentales é indispensables para la inteligencia del misterio de Jesucristo.

Redencion, que habria sido entónces inútil: Divinizada y llena de magestad, la humanidad del Señor hubiera sido resplandeciente, admirable y tal cual convenia á la humanidad de Dios; habria permanecido, segun la espresion de San Pablo, en la *forma divina*, y no se habria anonadado en la *forma de esclavo*.

Tal es el secreto de la pobreza, de la oscuridad, de la pequeñez y de las demas humillaciones del Dios Salvador: el no comprender este secreto es la razon de que mucho se escandalicen del Dios de los cristianos, y menosprecien su divina grandeza, que solo la inmensidad de su amor oculta á los ojos del mundo.

§ VI.

¿De qué manera el Niño del pesebre ha podido venir al mundo sin detrimento de la virginidad de su madre?

Desde el nacimiento de Jesucristo se nos revela un rayo de la gloria secreta de su carne. No puede ser de otro modo que por un milagro continuo de misericordia y de sabiduría, como el Dios-Hombre ha ocultado á los ojos de sus hermanos, bajo la humana forma, los esplendores que le son

propios. No obstante, en muchas circunstancias de su vida mortal ha predicho la gloria de su Resurreccion y de su Ascencion al cielo, levantando, por decirlo así, un momento el velo que lo ocultaba á nuestra adoracion. Las principales de estas circunstancias consignadas en los evangelios, son: su Nalividad; su desaparicion milagrosa de entre los judíos de Nazareth que querian apedrearlo; su manifestacion á San Pedro y á los Apóstoles sobre las aguas dal lago de Genesareth durante la tempestad; mas aún, su Transfiguracion en el Thabor; finalmente, lo que es mas que todo, su presencia real en la Eucaristía, cuando El mismo, la víspera de su pasion, dió con sus propias manos su adorable cuerpo á sus Apóstoles.

En estas varias circunstancias, despojándose por un instante de la flaqueza accidental de la carne, y viviendo segun las leyes del espíritu, celestiales y perfectas de los cuerpos glorificados, el Hijo de Dios se elevó sobre las terrenas que rigen nuestros cuerpos, y sutil como el espíritu, invisible, impalpable y puramente divino, salia del seno de la Virgen, y multiplicaba en el Cenáculo la presencia real de su cuerpo único, y obraba sus demas prodigios.

Prodigios, en verdad, para nosotros, mas

no para El; porque nada es prodigioso ni sobrenatural para el Señor de todas las cosas. El verdadero milagro para Jesus no es haber alimentado las turbas con siete panecillos, sino el haber tenido hambre y sed; no es el haber andado sobre las aguas, sino el haber experimentado fatiga; no es el haberse transfigurado esplendorosamente, sino el haberse velado mortalmente: el milagro, en fin, el gran milagro no es haber resucitado gloriosamente, sino el haber muerto enmedio de la ignominia.

§ VII.

La noche de Navidad velaban los pastores en las cercanias de Belén, custodiando sus ganados. El Niño Jesus quiso tener por primeros adoradores á aquellos hombres sencillos y pobres, pues aunque El es el Rey de los Angeles, es tambien el Padre de los pobres, el Consolador y el Amigo de los que el mundo desdeña.

Envióles, pues, á uno de sus Angeles, que se les apareció enmedio de brillantes resplandores, y como los viese sobrecojidos de espanto:—“No temais, les dijo el mensajero celestial; ved que os anuncio una gran alegría. Hoy, en la ciudad de David, ha

nacido para vosotros un Salvador, que es el Cristo Señor. Conoceréislo por esta señal. Hallareis un niño envuelto en mantillas y acostado en un pesebre."—Y en el instante una tropa numerosa de la milicia celestial inundó los aires con cánticos de alborozo, alabando al Señor y diciendo: "Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!"

Los pastores obedeciendo la orden del Angel, corrieron precipitadamente á Belém, hallaron al Niño y á su Madre María, adoraron llenos de fé y de sencillez de corazon al Dios anonadado para salvarlos, ofrecieron á su Madre humildes presentes, y salieron de la gruta sagrada refiriendo en todas partes las maravillas de que habian sido testigos.

§ VIII.

Cosa harto comun es en el presente siglo, abusar de la predileccion de nuestro buen Dios hácia los pobres, haciendo de lo mas tierno que hay en la Iglesia una teoría de discordias, y alegando la santa pobreza de Jesucristo para trastornar la sociedad, para excitar los pueblos é insurreccionarlos contra los grandes y los ricos.

El Hijo de María responde de antemano á tan detestables sofismas. Reune, es cierto, en derredor de su pesebre á los grandes con los pequeños, á los reyes de Oriente con los pastores de Belém; pues en efecto, ante Dios ¿cómo ha de haber acepcion de personas? No, por muy necesarias que sean para la conservacion de la sociedad, y por consiguiente, por muy queridas que sean de Dios las distinciones humanas, no tienen valor á sus ojos, apreciándolas únicamente bajo otros conceptos.

Avisados por un signo celestial del nacimiento del Mesías, tres reyes que llegaban de Oriente imitaron la fidelidad de los pastores, y fueron desde el interior de la Caldea á poner á los piés del Niño Jesus el homenaje de sus adoraciones. Los pastores habian ofrecido los humildes obsequios de la pobreza; los reyes presentan al Señor los dones de su régia opulencia; y llenos de una fé no menos viva y mas meritoria quizá que la de los pastores, reconocieron en un pobre Niño, oculto en el fondo de un estable, al Dios Salvador prometido y esperado desde el principio del mundo. Prosternados en su presencia, ofreciéronle incienso, oro y mirra: incienso, como á Dios; oro, como á Rey; y mirra, como á hombre y víctima.

La tradicion cristiana nos ha conservado los nombres de estos santos reyes: Gaspar, Melchor y Baltazar, los cuales no pertenecian al pueblo judío. Eran no solamente reyes, sino magos, título que daban en Oriente á los que se dedicaban al estudio de las letras. Es decir, que llevaban á Jesus recién nacido las primicias de las naciones, de la ciencia y de la magestad.

§ IX.

Ocho dias despues de su nacimiento fué circuncidado el Niño con arreglo á lo prescrito en la ley de Moisés. José y María le dieron el nombre misterioso que les habia sido ordenado por el cielo: JESUS.

JESUS quiere decir *Salvador*, y es nombre de misericordia y de perdon.

José fué quien circuncidó al Niño; ceremonia simbólica en que se derramaba sangre, y que recordaba que el Hijo de Dios debia hacerse hijo de Adan para salvar á los hombres. Así, pues, José, imágen verdadera del Padre Celestial que nos amó tanto que nos dió á su Hijo Unigénito como víctima expiatoria, hizo correr las primeras gotas de aquella sangre divina que debe consumir nuestra redencion.

Ciertamente Jesus, maestro de la ley, y ley viva del cielo y de la tierra, no estaba sugeto á la ley de Moisés su siervo; pero siendo preciso cumplir toda justicia, convenia que llevase la marca, así como debia llevar el castigo del pecado.

§ X.

Los malos no aman á Jesucristo; así se esplica cómo la vida del Salvador no fué mas que una persecucion incesante.

Herodes, rey de Jerusalem, á quien la llegada de los Magos habia revelado el nacimiento del Rey misterioso que el mundo esperaba, participó del error popular respecto al Mesías, y creyó que este último apareceria como un conquistador y con un poderío todo exterior y mundano. Temió entónces perder el trono, y con ánimo de destruir al rival que temia, ordenó que fuesen degollados todos los niños de Belém.

Pero solo se salvó el que se deseaba sacrificar al furor del tirano. Advertido José sobrenaturalmente del riesgo, tomó al Niño y á su madre, y segun Dios se lo habia mandado, huyó á Egipto.

La santa familia permanecié allí dos años y medio hasta la muerte del perseguidor,

la cual acaeció el 25 de Marzo, tres años despues de la Encarnacion.

Las tradiciones cristianas y judáicas mas antiguas nos dicen que muchas familias de la Judea huyeron por este tiempo para evitar la crueldad de Herodes. Fijáronse casi todas, así como tambien Jesus, María y José, en una pequeña ciudad próxima á Menfis y habitada en otro tiempo por judíos. El nombre de este lugar, nombre tal vez profético, era *Luz* ó *Sol*; habian vivido en él el patriarca José, hijo de Jacob y Moisés, el libertador y legislador del pueblo de Israel, figuras bien manifiestas ambos del único Salvador, Libertador y Legislador del verdadero Israel, que llegaba entónces á aquella misma ciudad, ocultando bajo el velo de su tierna infancia la magestad de su gloria.

El dulce recuerdo de la mansion del Niño Jesus nos ha sido conservado por aquellos famosos *terapéutas* ó solitarios, tan célebres en los primeros siglos de la Iglesia por su santa vida solitaria, y á quienes estableció el evangelista san Márcos, apóstol del Egipto, en aquellos lugares santificados.

Al cabo de dos años y medio de ausencia, José y María volvieron á Nazareth, á guardar allí oculto su tesoro.

Nazareth.

§ I.

El Hijo de Dios vivió los treinta primeros años de su vida, ignorado del mundo en la pequeña ciudad de Nazareth.

Allí ejercitó el humilde y penoso oficio de carpintero, á imitacion de San José su padre adoptivo; mostrándose todavía en los primeros años del siglo II un arado, obra segun se decia, de sus divinas manos.

Antes de enseñar la penitencia, la humildad y el respeto á los que mandan, Jesus empezó dándonos el ejemplo. Santificaba el trabajo, que despues del pecado, llegó á ser el castigo del hombre; y nos dió, callan-

B^a 11 Q. es J^o

003907